

UN HÉROE DE FILIPINAS: AMBROSIO RISTORI, *EL MANCO DE BACCOOR*

Manuel RISTORI PELÁEZ
Coronel de Infantería de Marina

Las campañas de Cuba y Filipinas del fin de siglo propiciaron una serie de héroes, algunos de ellos lo suficientemente conocidos y honrados, pero también otros muchos de los que se ha sabido o escrito poco y que merecen el desagravio de una mejor información sobre sus meritorios hechos y virtudes. Entre éstos figura el teniente de Infantería de Marina Ambrosio Ristori Granados, laureado de San Fernando y conocido con el sobrenombre de *El Manco de Bacoor* por su destacada intervención en el combate de Bacoor el 28 de mayo de 1897. Tenía entonces veinte años.

Una vida en acto de servicio

Ambrosio Ristori Granados había nacido en Cádiz el 28 de octubre de 1878, siendo descendiente, como toda la familia Ristori, de don Pedro Antonio Ristori Justiniani Fiesco y Palavichini, marqués de Casaleggio, almirante de la Real Armada española, en la que ingresó como guardiamarina en la Real Compañía de Cádiz el 23 de agosto de 1759 por privilegio concedido por el rey Carlos III. Don Pedro Antonio desempeñó notables servicios en la Armada y llegó a desempeñar la Capitanía General del Departamento Marítimo de Cádiz. La familia fue repitiendo en sucesivas generaciones sus vinculaciones marineras y en razón de ello, Ambrosio Ristori Granados ingresó como alumno en la Academia de Infantería de Marina de San Fernando en mayo de 1895 formando parte de la promoción 67, que fue la primera al abrirse la Academia después de cuatro años de estar interrumpida la enseñanza, y salió con el número uno de su promoción. La mayoría de aquellos jóvenes oficiales que terminaron sus estudios llenos de entusiasmo y «ardor guerrero» eran destinados a Cuba y Filipinas, sumidas ya en las guerras insurreccionales, y el joven Ambrosio no sería la excepción. Como su gloriosa conducta en aquella campaña merece párrafo aparte, cuando fue repatriado ingresó en el Cuerpo de Inválidos en 1901 y en él obtuvo el grado de general, ocupando, entre otros cargos, el de director del Cuerpo de Inválidos Militares, y fue el organizador y director del Museo de Artillería, luego Museo Histórico Militar. Murió de avanzada edad (ochenta y siete años) y en posesión, además de la Cruz Laureada de San Fernando, de las medallas de la campaña filipina y otras importantes condecoraciones. Fue, por tanto, el exponente de una vida y una obra en permanente acto de servicio.

La gloria se halla en Filipinas

Por imperativo de las circunstancias y las exigencias de las campañas ultramarinas, Ambrosio Ristori, apenas alcanzada la estrella de alférez de Infantería de Marina, fue destinado al primer batallón del primer regimiento de Infantería de Marina que operaba en Filipinas en las provincias de Cavite y Mindanao, y que había tenido una actuación muy destacada en las playas de Binicayan. El joven alférez de sólo 18 años se encontró de inmediato en la primera línea de combate recibiendo su bautismo de fuego en la isla de Joló, batiéndose contra los rebeldes tagalos y más tarde contra los sublevados del Regimiento de Legazpi 68, en aquella serie de traiciones encubiertas y probadas deserciones que tanto complicaron las operaciones de las tropas españolas.

En 1897 ascendió a teniente y pasó a formar parte de la dotación del crucero *Reina Cristina* como comandante de la guarnición de dicho buque, y soportó con elevado espíritu las consecuencias de aquel desventurado combate. El *Reina Cristina*, buque insignia de la escuadra de Montojo, y con Ristori a bordo, había tratado de abordar al crucero norteamericano *Olimpia*, pero los destrozos e incendios causados por los cañones yanquis obligaron al abandono del buque, tras la brava muerte de su comandante, el capitán de navío don Luis Cadarso. Ambrosio Ristori, herido, no se retiró de su puesto hasta que el buque fue echado a pique, momento en que tuvo que arrojarse al agua para salvarse a nado, no sin antes haber salvado de perecer ahogados a dos marineros y un contraalmirante, evidenciando sus condiciones de formidable nadador; pudo llegar tras no pocos esfuerzos al costado del buque *Isla de Cuba* y pasar más tarde a tierra. El teniente Ristori, apenas curadas sus heridas, se presenta al jefe de su batallón, y participa en la defensa del arsenal de Cavite, que también tuvo que ser evacuado ante la superioridad numérica de norteamericanos e insurrectos, estos últimos atacando por la retaguardia.

No vamos a cargar las tintas sobre el estado en que se encontraba la escuadra de Montojo en Cavite, con barcos totalmente obsoletos, sin protección ni blindaje, maquinaria inútil y artillería anticuada: auténticos pontones, algunos totalmente de madera, con lo que la propagación de los incendios era mucho más efectiva. En la defensa que el capitán de navío Concas realizó del desventurado Montojo en el consejo de guerra a que éste fue sometido se pusieron de manifiesto con la mayor crudeza tales carencias, y también se invocó la admi-



Ambrosio Ristori y Granados, *El Manco de Bacoor*

rable conducta de los marinos que, como el teniente Ristori, dieron con su ejemplo el más alto testimonio de abnegación y de heroísmo.

El Manco de Bacoor

Una vez evacuado Cavite, la primera compañía del primer batallón del regimiento de Infantería de Marina es trasladada a Bacoor para la defensa de este importante enclave, en el que a dos kilómetros de distancia se encuentra el puente de Banalo, vital para la defensa de todo el sector. La citada compañía, que manda el capitán de Infantería de Marina Juan Casanova, y a la que se ha incorporado el teniente Ristori, se ha trasladado a San Francisco de Malabón y después a Bacoor, población cercana a Cavite. Dicha población se ve de inmediato sitiada por millares de insurrectos y la compañía soporta sensibles bajas (dos cabos y quince soldados muertos y un capitán, un teniente, un alférez, cuatro sargentos, un cabo, dos cornetas y trece soldados con heridas de consideración). La situación no arredra a los defensores y, el 29 de mayo, el teniente Ristori es destacado al mando de una treintena de hombres a reforzar el puente de Banalo o de Inus (entre Bacoor y Binayan); atacado en ese punto por un gran número de insurrectos, y con las desertiones de los voluntarios indígenas, se bate con tal bravura que causa el estupor y la admiración de sus propios enemigos. Prácticamente sin municiones, al haber sido arrojadas al río por los indígenas dos cajas de explosivos, continúa la lucha, no obstante las dos graves heridas de bala que recibe en su brazo y que le obligarán a su amputación, y se defiende bravamente hasta que abrumado por la superioridad enemiga, habiendo sufrido trece bajas entre muertos y heridos (según otras fuentes toda la fuerza menos dos individuos), y agotadas las municiones, fue asaltado el puente y Ristori hecho prisionero de los tagalos, que no regatearon su admiración y respeto a tan heroico oficial. Conducido a Cavite, tuvo que soportar estoicamente la amputación de lo que le quedaba del brazo derecho tras una cura poco hábil, permitiéndosele su traslado a Manila (todavía en poder español), donde el capitán general del archipiélago lo promovió al empleo de capitán de Infantería de Marina por los méritos contraídos, nombramiento que tuvo su confirmación por la Reina Regente, de conformidad con lo informado por el Centro Consultivo del Ministerio de Marina. Tenía entonces veinte años.

Una vez repatriado le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando, tras el correspondiente juicio contradictorio, y se dispuso su pase al Cuerpo de Inválidos, en el que permanecería hasta su muerte, tras las distintas vicisitudes orgánicas y su conversión en el Benemérito Cuerpo de Mutilados por la Patria. *El Manco de Bacoor*, como fue llamado hasta por los propios norteamericanos, había escrito una de las páginas más gloriosas de toda la campaña filipina con esencial heroísmo, aunque él mismo fuese el encargado de crear la anécdota. Aquel joven capitán Ristori Granados, después de amputado su brazo en el campo enemigo, comunicó a su esposa la triste circunstan-

cia con un lacónico telegrama con innegable sentido del humor, al enviarle como despedida «medio abrazo», aunque el entero ya se lo había tributado la nación española cuando tuvo conocimiento de su hazaña.

Una laureada con contrarréplica

Aunque el episodio cae fuera del tema, por lo que tiene de significativo y también como homenaje a la huella que supo dejar el laureado *Manco de Bacoor*, voy a permitirme la referencia a su hijo Ambrosio Ristori de la Cuadra, también oficial de Infantería de Marina, en cuyo Cuerpo alcanzó el empleo de comandante y que murió valientemente en combate en Illescas el 19 de octubre de 1936, a la edad de 35 años.

El segundo Ambrosio Ristori había sido también número uno de su promoción, y había tomado parte en el desembarco de Alhucemas y en la posterior ocupación del territorio como ayudante del batallón expedicionario. Con veintiséis años ascendió a comandante y obtuvo el título de piloto aviador. Sus ideas liberales, y la circunstancia de haber sido ayudante de los ministros republicanos Indalecio Prieto y José Giral, le llevaron a tomar partido por la República en la guerra civil, pero no se plegó a ser un ayudante de despacho, sino que se incorporó de inmediato a los lugares de mayor peligro en los frentes de combate, y alcanzó la muerte en acción de guerra en el frente del Tajo. La prensa republicana de la época le dedicó encendidos elogios, calificándolo de «marino prestigioso» y «aviador meritísimo», así como de «heroico servidor de la República». Su cadáver fue expuesto en la sala de actos del Museo Naval y su entierro tuvo caracteres de relevante acontecimiento.

Por su heroico comportamiento en el frente de Somosierra se inició un expediente para concederle la Placa Laureada de la República (equivalente a la Cruz Laureada de San Fernando) y aunque no se ha encontrado constancia de que le fuera concedida (solamente se sabe que la obtuvieron el general Miaja y el capitán de corbeta González de Ubieta), la propuesta contrarréplica de la Laureada es sin duda un valioso testimonio de que la semilla había dejado surco. Sin entrar en valoraciones sobre sus ideas o su elección de bando en aquella tremenda contienda entre hermanos, diremos sólo para terminar, y a la vista de su hoja de servicios, «que de casta le venía al galgo».